

La figura del gallo como símbolo protector

JOSÉ LUIS ACÍN FANLO

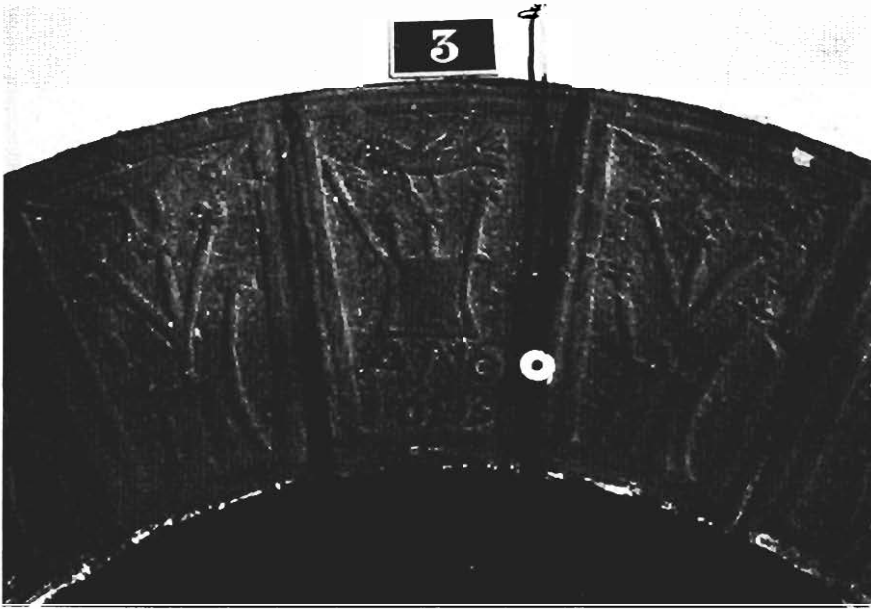
Varios y de muy diversa tipología son los símbolos que, visibles en distintas partes de las variadas manifestaciones que el hombre ha creado y desarrollado a lo largo de su existencia, han ido surgiendo y afianzándose como método para protegerse de todo aquello incomprensible para la mente humana, así como para defenderse de los posibles agentes malignos existentes en las creencias de la sociedad tradicional, además de perpetuar así su existencia. Formas y elementos con los que se trataba de razonar sobre todo aquello que se escapaba a la comprensión de la mente del hombre, aquello para lo que no existía una explicación lógica en el seno de la sociedad tradicional, pero a lo que había que buscarle una posible y plausible solución para poder seguir desarrollando la vida en un medio natural duro, difícil y en muchas ocasiones hostil. De este modo se dará salida a los más variados fenómenos atmosféricos, de los que no se sabía su origen ni el porqué de su existencia y desarrollo, pero de los que había que protegerse a través de una serie de objetos existentes en el entorno de dicha agrupación, o bien a través de aquellos creados por la misma. Como también había que defenderse, utilizando los más diversos sistemas y procedimientos para ello, de todos aquellos seres que pululaban por su contorno y que eran considerados –aunque no se pudieran ver ni tocar– como malignos.

Motivos de muy diferente adscripción y representación, entre los que se pueden mencionar aquellos que reproducen determinados elementos astrales –estrellas, sol, luna–, los relacionados con la cultura y religión cristiana –cruces, santos, la virgen–, los entresacados de concretas plantas –ramos o palmas bendecidos de olivo, ruda o muérdago, así como la carlina–, o aquellos obtenidos de determinados animales –en especial algunas de sus partes, como las garras de rapaces diurnas y nocturnas, patas de jabalíes, plumas de aves, colas de zorros, la representación de un lagarto o las mudas o pieles de una serpiente–. Todo ello sin olvidar el más claro exponente



Detalle de la veleta de Casa *Juan de Lázaro* de Piedrafita de Jaca. Foto: J. L. Acín.

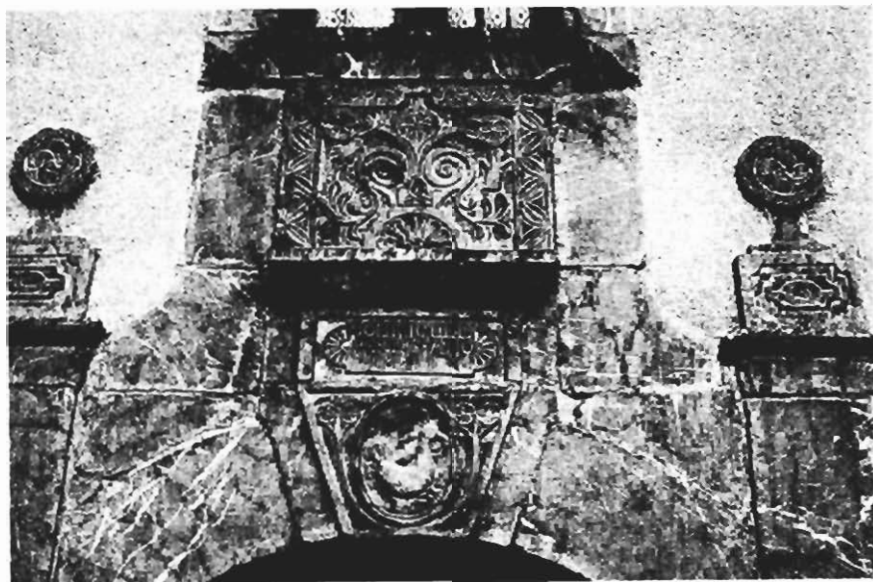
de utilización en este sentido, como es el espantabrujas, ese motivo pétreo colocado como remate de la chimenea y visible en una buena parte de la geografía del Alto Aragón, o esos otros objetos de piedra con un fin claramente protector, usados como amuletos o como instrumentos para sanar, entre los que se pueden citar las piedras agujereadas o las curativas –sobre todo, en este último caso, la conocida de Ordovés–, las de rayo –esas que llevaban los pastores para defenderse o impedir que les cayera una de estas manifestaciones atmosféricas, las cuales encontraban por el monte creyendo que se trataba de la punta de uno de los mismos, si bien, por lo general, eran y son hachas de adscripción neolítica– o, también, las herraduras que se pueden ver colocadas en distintas partes de la arquitectura popular y que,



Portada de Belillas. Foto: J. L. Acín.

asimismo y según la cultura popular, podían servir de buen augurio o para obtener algunos deseos una vez eran lanzadas hacia atrás.

Símbolos y motivos colocados en aquellos puntos de la vivienda familiar, o en otros edificios auxiliares o construcciones varias de la arquitectura popular, más desprotegidos, por los que lo maligno o aquello no deseado pudiera penetrar. Así, se suelen representar en los lugares menos accesibles o en otros componentes de la construcción, como forma intimidatoria para impedir su introducción –véanse los existentes en muros, tejados o canaleras–, si bien suelen ser más habituales en aquellas zonas más vulnerables, por donde es más fácil entrar y dañar así a cualquier componente de la casa en su más amplio sentido, como son las puertas –principal acceso a la casa–, ventanas, balcones y, muy especialmente y en mayor medida, por las ya citadas chimeneas, por ese elemento colocado en el inalcanzable tejado y siempre abierto para posibilitar la salida de los humos del hogar, de ese fuego existente en la



Detalle de la portada de Casa *Maribueno* de Escarrilla. Foto: J. L. Acín.

principal estancia de la vivienda. Puntos más vulnerables protegidos con los más diversos símbolos y con los distintos elementos ya mencionados que ofrece el medio natural.

La figura del gallo

Entre todos estos símbolos, motivos y componentes de la naturaleza, figura en lugar predominante la figura del gallo, la representación de este animal que tiene claras connotaciones positivas, de regeneración y de continuidad de la vida, como saludador que es al nuevo día, característica que le confiere una condición de vigilante, además de fertilizador y de propiciador de ese continuismo en el ser humano, todo ello puesto de relieve al ser el animal que anuncia y canta al nuevo día que va a nacer.

Así lo ponen de manifiesto los distintos autores que se han adentrado en la explicación de los más diversos símbolos creados por el hombre



Cabecero de la ventana de Casa *O Royo* de Yosa de Sobremonte. Foto: J. L. Acín.

para su protección, como es el caso de Juan-Eduardo Cirlot, quien aduce que se trata de un «símbolo solar» –sobre todo en los cultos de la antigüedad–, que como «ave de la mañana» se toma como «emblema de la vigilancia y de la actividad». También alude a su inmolación a «Príapo y a Esculapio» como procedimiento «para obtener la curación de los enfermos», y hace referencia a su gran relevancia durante los tiempos medievales, cuando era un «símbolo cristiano de gran importancia, apareciendo casi siempre en la veleta más elevada, sobre las torres y cimborrios de las catedrales». Momento y religión que lo consideraba, asimismo, «alegórico de vigilancia y resurrección», ya que según Cirlot –siguiendo en este caso a Davy– tales condiciones deben «tomarse en sentido de “tendencia a la eternidad y cuidado en dar primacía al espíritu, de estar despierto y saludar al sol (Cristo), aun antes de su salida por Oriente (iluminación)”».

En parecidos términos se expresa José Antonio Pérez-Rioja, quien a lo apuntado por Cirlot añade que se trata de un animal con una connota-



Casa *Lanasa* de Javierrelatre. Foto: J. L. Acín.



Detalle del arco de Casa *Lanaspa* de Javierrelatre. Foto: J. L. Acín.

ción fálica en lo tocante al «vigor físico», además de estar asociado desde el punto de vista mitológico –junto con la gallina– a «la abundancia, a causa de los huevos que producen». También añade que, como ave «de la fecundidad, desempeña como tal un importante papel en los ritos matrimoniales de diversos pueblos», matizando y ampliando que con «su temprano canto matutino –cada mañana anuncia el día que sucede a la noche– es emblema de vigilancia: el gallo advierte que el día se aproxima, anuncia a Cristo y expulsa las larvas de la noche», evocando no solo «la Resurrección de Cristo, sino la nuestra» dentro de la concepción cristiana –por ello aparece representado «en los sepulcros paleocristianos».

El tercer gran compendio de estos asuntos simbólicos es el elaborado por Jean Chevalier y Alain Gheerbrant, en el que, además de explicar su relación con el origen del emblema francés –asunto irrelevante en el terreno que nos ocupa–, reitera su vinculación al sol como símbolo solar, siendo «además eficaz contra las malas influencias de la noche», aleján-

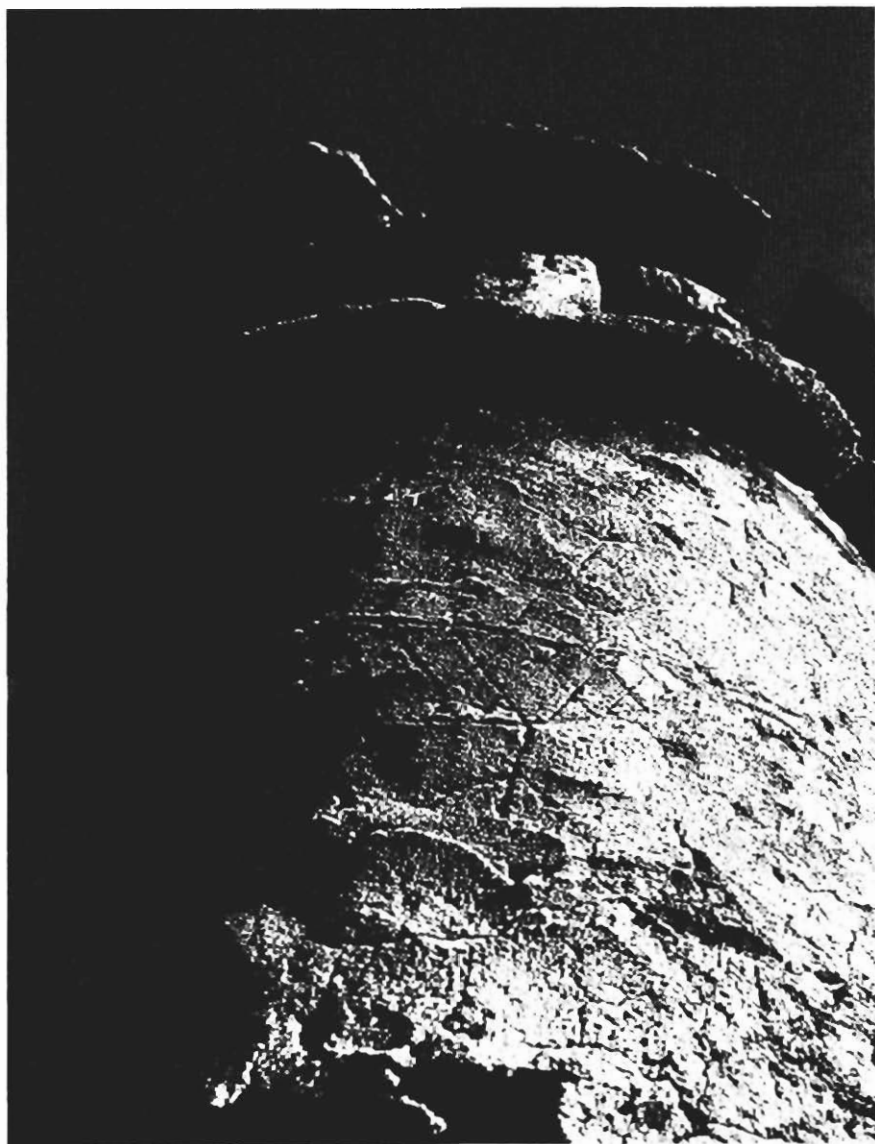


Clave y dovelas con la representación de los gallos en Casa *Lanaspa* de Javierrelatre.
Foto: J. L. Acín.

dolas «de las casas, si se tiene el cuidado de ponerlo en efigie sobre la puerta» o en otros lugares ya mencionados. Asimismo, es el símbolo «de la luz naciente» y aquel que había que sacrificar en honor a Asclepios –Esculapio–, ya que «va a anunciar el otro mundo y a conducir hasta allí al alma del difunto; esta abre los ojos a una nueva luz, lo que equivale a un nuevo nacimiento»; relación con Asclepios en un doble sentido, ya que al ser este personaje «un héroe sanador, antes de convertirse en un dios, el gallo tiene fama de curar las enfermedades». También tiene la condición de vigilancia guerrera en las tradiciones nórdicas, ya que aparece vigilante del «horizonte sobre las más altas ramas del fresno» para prevenir los ataques enemigos; árbol que está relacionado con el origen de la vida y con el gallo, ya que este está en «vela en su cima, como sobre la flecha de una iglesia», obteniendo así su condición de «protector y (...) guardián de la vida». Sin olvidar otras acepciones o significados



Chimenea de Casa *Lacasa* de Escartín. Foto: J. L. Acín.



Detalle del gallo en la chimenea de Casa *Lacasa* de Escartín. Foto: J. L. Acín.



Vista de la casa conocida como *El Albañil* de Caballera. Foto: J. L. Acín.

mencionados ya en algún momento, como su «simbolismo solar: luz y resurrección», o su situación en la parte más alta de los templos cristianos, lo cual «puede evocar la supremacía de lo espiritual en la vida humana, el origen celeste de la iluminación salvífica, la vigilancia del alma atenta a percibir en las últimas tinieblas de la noche los primeros albores del espíritu que amanece».

Nos encontramos, por lo tanto, con el animal por excelencia que saluda y anuncia la salida del sol, el nuevo día, con ese sentido de pervivencia, siendo –por ello– el que protege a los humanos de los malos espíritus de la noche y, a su vez, el que los expulsa. Tiene, asimismo, un sentido regenerativo, de fertilidad, y por su posición en los campanarios de las iglesias y en las veletas de los tejados de las viviendas asume la función de levantar a los perezosos, echar a los malos espíritus y llamar a los fieles al culto realizado por la mañana, dada su principal condición de saludador del amanecer.



Detalle del tejado de la denominada Casa *El Albañil* de Caballera. Foto: J. L. Acín.

Algunos ejemplos altoaragoneses

Como queda dicho, su representación es frecuente en numerosas poblaciones del Alto Aragón, en diversos lugares de las distintas construcciones de los pueblos oscenses. Así, se puede apreciar en campanarios, en veletas como la desaparecida de Casa *Juan de Lázaro* de Piedrafita de Jaca –véase la fotografía–, en portadas como la de Belillas, donde aparece junto a otras representaciones y reproducida en las imágenes que acompañan a este texto, o en escudos nobiliarios –donde simboliza, como apunta Pérez-Rioja, «además de la vigilancia, la osadía y el orgullo, representándose de perfil, con la cabeza levantada, la cola vuelta hacia arriba y las plumas cayendo en penacho»–, como el de Casa *Maribuen*a de Escarrilla, también reproducido.

Pero entre todos destacan unos casos muy concretos por varios motivos, tanto por el lugar de colocación como por su curiosa representación



Detalle de un gallo en la denominada Casa *El Albañil* de Caballera. Foto: J. L. Acín.

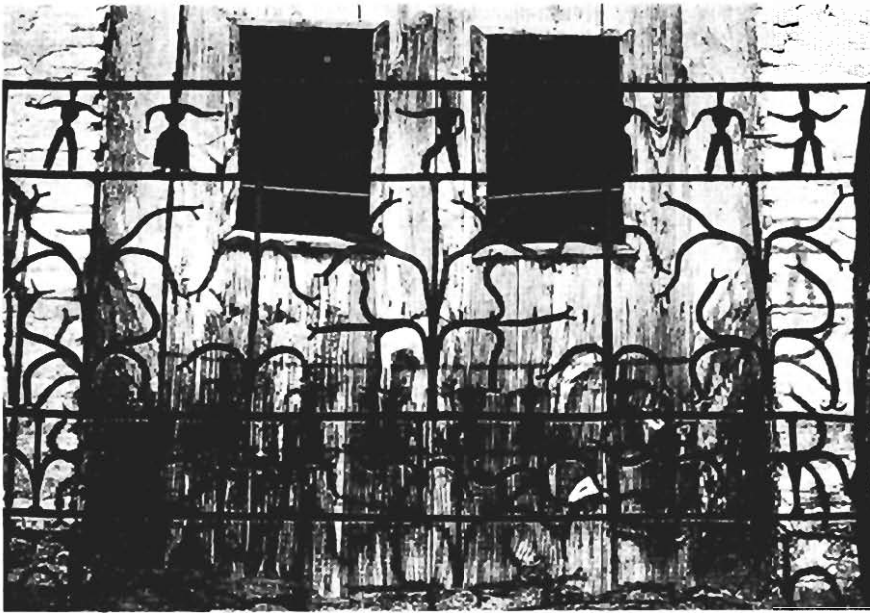
y claro simbolismo que presentan. Así, merece destacarse el de Casa *O Royo* de Yosa de Sobremonte –de características muy similares en todos los sentidos al visible en Casa *El Baile* de Estallo–. Se trata de un recio edificio que sigue las peculiaridades constructivas de la comarca serralesa, en cuyo muro exterior ya presenta un elemento protector, como es un sencillo crucifijo inserto en la fachada principal; motivos para defender la casa de todo lo extraño como el que se puede ver en el monolítico cabecero de una ventana del corral de la vivienda, en el que, con el evidente sentido de proteger uno de los lugares más accesibles y, por lo tanto, más desprotegidos –la ventana–, se representan cuatro gallos –dos más pequeños y dos mayores enfrentados en su parte central–, así como tres cruces de malta.

Con ese mismo sentido de protección en las zonas más vulnerables, de imposibilitar el acceso por ventanas y –en este caso– por puertas, aparece en el ejemplo de Casa *Lanaspá* de Javierrelatre. Aunque la construcción original se encuentra muy transformada, todavía conserva su porta-



Balcón de Casa *Villacampa* de Belillas. Foto: J. L. Acín.

lada de ingreso al patio y, a través de esta, a la vivienda propiamente dicha; inicial portada de arco de medio punto, configurada por diez dovelas más la clave en donde se fecha el conjunto en el «AÑO 1827», desarrollándose a ambos lados las cinco piezas correspondientes del arco, en las que se puede apreciar lo siguiente: en el lado izquierdo, desde la parte superior a la inferior, un gallo, un lagarto, un lobo, un búho y un símbolo astral; en el derecho, y en el mismo sentido direccional, un gallo, un rostro humano, un zorro, una serpiente engullendo a una rana y otro símbolo astral. Diversos motivos, todos ellos con una clara función protectora y de continuidad de la vida, entre los que cobra especial relevancia la figura del gallo al encontrarse por duplicado –a ambos lados de la clave– y en la parte superior del arco, junto a esa pieza también fundamental que posibilita la estabilidad del arco y por ser la destinada a acoger otro dato esencial, como es el año de construcción de la casa.



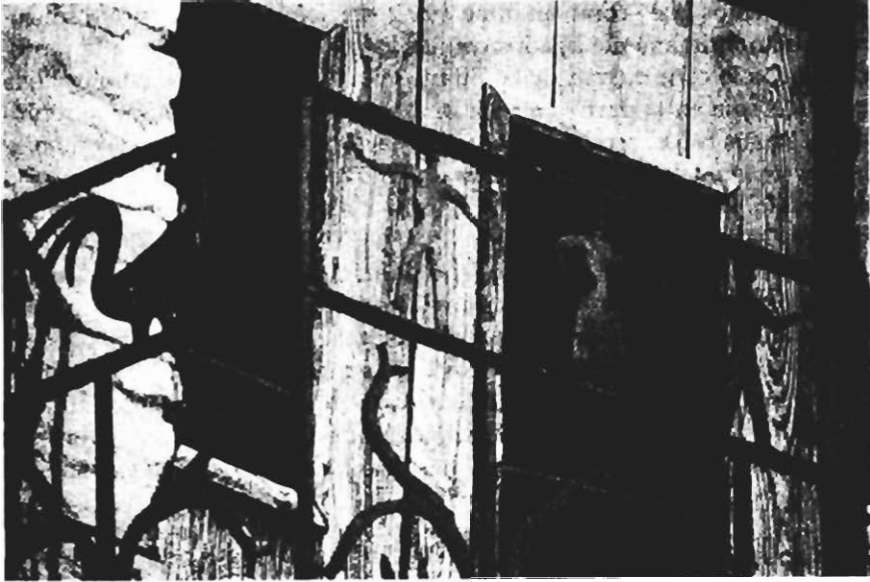
Vista frontal del balcón de Casa *Villacampa* de Belillas. Foto: J. L. Acín.

Pero si estos ejemplos ya comentados son sobradamente elocuentes con respecto a los asuntos a los que nos estamos refiriendo, aún lo son más los que siguen a continuación. Casos como el de Casa *Lacasa* del deshabitado Escartín, ejemplo de casa-patio serrablesa, en cuya cada vez más desvencijada techumbre se yergue altiva una airosa y estilizada chimenea troncocónica, rematada por dos niveles de salida de humo y por un espantabrujas. Precisamente, muy cerca de la primera hilera de huecos aparece el elemento más destacable de la misma, como es la curiosa y tosca representación de un gallo grabado en su revoque, allí realizada con la clara función –ya aludida– de protección hacia la construcción y hacia cuantas personas habitan y posesiones tienen –al ser uno de los lugares por donde se puede penetrar en la misma–, así como la de posibilitar su continuidad a la par que desde las alturas saluda al sol, al nuevo día que nace en contraposición a la pasada noche que muere, a la luz frente a las tinieblas, a la vida como esperado punto opuesto a la muerte.



Detalle de la rejería del balcón de Casa *Villacampa* de Belillas. Foto: J. L. Acín.

Mayor curiosidad, por el lugar de ubicación, presenta el ejemplo existente en el deshabitado Caballera, el de la casa conocida como *El Albañil* debido al oficio desempeñado por sus moradores. Es un vasto y rectangular edificio de tres plantas con numerosos vanos en cada una de las mismas, el cual se culmina con un tejado de tejas a cuatro vertientes, emplazamientos, en los que se encontraban los más destacados elementos de dicha construcción que son objeto de estas líneas: allí, en cada una de las cuatro esquinas, se recortaban las siluetas de cuatro gallos –uno por cada vértice–, de los cuales en la actualidad solo uno permanece en su lugar, habiendo caído el resto junto con toda la cubrición; gallos de tosca realización, escasamente sugeridos en sus formas, en los que se apreciaba nítidamente la parte de la cabeza y la de la cola, y que cumplían a la perfección los cometidos atribuidos –y comentados– a estos animales, como eran los de vigilancia, impedir la entrada a seres extraños y malignos, protección de la casa y de sus miembros para su continuidad y salud de la luz ma-



Detalle de un gallo y de la cenefa con hombres y mujeres del balcón de Casa *Villacampa* de Belillas. Foto: J. L. Acín.

nifestada en el nuevo día, en el canto al sol que despunta por el horizonte. Buena prueba de ello es el lugar elegido para su colocación, el tejado y cada uno de sus cuatro ángulos, esa parte más alta y protectora de todo el edificio, en la que si algo pasa afecta al resto de la construcción.

Por último, citaré otro de los casos más sorprendentes y significativos, ese que se puede apreciar en Casa *Villacampa* de Belillas, en ese edificio cuadrangular en uno de cuyos balcones de la primera planta podemos degustar un esmerado y detallado trabajo de la artesanía del herrero. Balconada en cuya forja se despliega todo un amplio abanico de símbolos portadores de creencias, los cuales se condensan en un único y reducido componente de la vivienda, esos motivos que –amén de otros conceptos también implícitos y ya descritos, como la vigilancia, la protección contra lo no deseado o ser cantores de la luz– entroncan con todo lo relacionado con la fertilidad. Así, en el desarrollo de la rejería se apreciará en sus partes inferior y media toda una serie de estilizados vegetales, de árboles y

otros arbustos que –como en otras manifestaciones de la cultura tradicional– están íntimamente ligados con los cultos a la fertilidad y a la reproducción, a la continuidad de la vida; pero a estos sugeridos árboles de la vida se suma en la parte superior una estrecha y bella cenefa que reproduce, en sus lados, sendos gallos y, por la zona frontal, un friso con hombres y mujeres, estas con la cintura un tanto abultada como sugiriendo el embarazo, de estar embarazadas de cara a conseguir los mencionados fines regenerativos.

Todo ello, al igual que en los restantes casos traídos a estas páginas, como los otros muchos existentes por la geografía altoaragonesa, con el fin –necesario y buscado– de mantener la casa en su más amplio y dispar sentido, de proteger y conseguir su continuidad a todo aquello que vive o se encuentra bajo su techo, de posibilitar su preservación –humana, animal o material– y su vida, generación tras generación, base y fundamento –por otra parte– de la otrora y cada vez más desaparecida sociedad tradicional.

Bibliografía

- BIARGE, Fernando, y BIARGE, Ana, *Libranos del mal: creencias, signos y ritos protectores en la zona pirenaica aragonesa. El patrimonio etnológico altoaragonés*, Zaragoza, edición del autor, 2000.
- CHEVALIER, Jean (bajo la dirección de), y GHEERBRANT, Alain (con la colaboración de), *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder, 1985.
- CIRLOT, Juan-Eduardo, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Labor, 1978.
- GARCÉS ROMEO, José; GAVÍN MOYA, Julio, y SATUÉ OLIVÁN, Enrique, *Arquitectura popular de Serrablo*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1988.
- PÉREZ-RIOJA, José Antonio, *Diccionario de símbolos y mitos: las ciencias y las artes en su expresión figurada*, Madrid, Tecnos, 3ª ed., 1988.